



Ideas 29/11/10

Los dos extremos de la lengua

El inglés actúa como “un regionalismo planetario”: es cierre y convención “para un mismo mundo estrecho, el de los negocios, del business”, sostiene el autor, para quien, por oposición, “el esperanto propone habitar una lengua universal, cosmopolita, global”.

Por *Michel Onfray Filósofo Frances. Es Autor, Entre Otros, De “La Potencia De Existir” (de La Flor).*

Al principio estaba Babel, la historia es conocida: los hombres hablan una sola y única lengua llamada “adámica”, la del primero de ellos. Luego se proponen construir una inmensa torre destinada a penetrar en el cielo. Semejante arquitectura supone que los hombres que habitaran el mismo elemento que Dios pasarían a ser de facto sus iguales.

Esa voluntad prometeica actúa como otra fórmula del pecado original ya que probar el fruto del árbol del conocimiento, es saber todo sobre cada cosa, en otras palabras, una vez más, igualar a Dios. Para el acto de Eva hubo una sanción, nadie la ha olvidado... Igual que para los constructores de Babel: la confusión de las lenguas.

Dios que es amor, recordémoslo para quien tenga la fastidiosa tendencia a olvidarlo, desciende a la Tierra para constatar de visu la arrogancia de estos hombres. “Dijo: ‘Todos son un solo pueblo con un mismo lenguaje, y éste es el comienzo de su obra. Ahora nada de cuanto se propongan les será imposible. Bajemos, pues, y una vez allí confundamos su lenguaje, de modo que no se entiendan entre sí’. Y desde aquel punto los desperdigó Yahvé por toda la faz de la Tierra y dejaron de edificar la ciudad” (Gen. 11,6-7) —o cómo sembrar la discordia... A partir de ahí, hubo lenguas, ciertamente, pero sobre todo incompreensión entre los hombres. De manera que la multiplicidad de los idiomas constituye menos una riqueza que una pobreza ontológica y política. Se comenzó entonces a hablar localmente, algo que muchos celebran hoy como lo mejor de lo mejor. Pienso en los “nacionalistas”, más justamente llamados “independentistas regionales”, que hacen de la lengua un instrumento de identidad, una herramienta de cierre sobre sí mismo, una máquina de guerra anti-universal, en otras palabras, un dispositivo tribal.

Precisemos que lo políticamente correcto calla a menudo la información de que no existe una lengua corsa, una lengua bretona, sino dialectos corsos o bretones, correspondiendo cada uno a una estrecha zona geográfica determinada por el paso de un hombre antes de la invención del motor. El mito de una lengua corsa o de un único hablar bretón imita paradójicamente al deshonorado jacobinismo, pues las supuestas lenguas regionales están compartimentadas en grupos de dialectos —tuve amigos corsos que, vino mediante, olvidaban por un momento su religión y su catecismo nacionalista para confesar que un pastor del Cabo Corso no hablaba la misma lengua que su compañero del Cabo Pertusato. Babel, Babel... La lengua regional excluye al extranjero que constituye sin embargo su parentela republicana. Funciona como caballo de Troya de la xenofobia; en otras palabras, puesto que es necesario precisar las cosas, del odio al extranjero, al que no es “nacido nativo” como suele decirse.

Ahora bien, igual que una especie animal, una lengua obedece a necesidades relativas a una configuración temporal y geográfica; cuando esas necesidades desaparecen, la lengua muere. Querer hacer vivir una lengua muerta en el biotopo lingüístico que la justifica es una empresa tanatófila. Su equivalente en zoología consistiría en querer reintroducir al

Adelanto en PDF



El sueño del celta

La próxima novela de Mario Vargas Llosa, flamante Premio Nobel de Literatura, que el 3 de noviembre Alfaguara publicará en España, Latinoamérica y el mercado en español de los Estados Unidos.

Lo último en Ñ

Los dos extremos de la lengua

Suprimen dos letras del alfabeto y sugieren ...

Roberto Ampuero: “Exploro el dilema de saber o ...

Jean-Marie Gustave Le Clézio: "Antes del Premio ...

Esta semana en la Revista Ñ: Televisión abierta

Ñ en Twitter

Recomendados en Facebook

dinosaurio en el barrio de la Défense y al pterodáctilo en Saint-Germain-des-Prés... En el extremo opuesto a la lengua de cierre, local, estrecha, xenófoba, existe una lengua de apertura, global, vasta, cosmopolita, universal: el esperanto. Es la creación de Ludwik Zamenhof, un judío de Bialystok, una ciudad situada entonces en Rusia (ahora en Polonia). En esa ciudad donde la comunidad judía se codeaba con polacos, alemanes y bielorrusos, las ocasiones de no entenderse eran muchas. Ya en esos tiempos Dios podía disfrutar su fechoría. A fines de 1870, comienzos de 1880, el esperanto se propone por ende volver a la Babel anterior a la cólera divina.

En momentos en que el mito de una lengua adámica parece tomar la forma de un inglés de aeropuerto hablado por millones de individuos, se comprende que la lengua de Shakespeare mutilada, amputada, desfigurada, masacrada, desvitalizada, pueda triunfar de esa manera puesto que se le pide que sea la lengua del comercio en todos los sentidos de la palabra. Una perogrullada; es lengua dominante porque es la lengua de la civilización dominante. Hablar inglés, aunque sea mal, es hablar la lengua del Imperio. El biotopo del inglés se llama dólar.

Pero esta lengua actúa también como un regionalismo planetario: es también cierre y convención para un mismo mundo estrecho, el de los negocios, del business, de los flujos comerciales de hombres, cosas y bienes. Por esa razón el esperanto es una utopía concreta en un plano de igualdad con el proyecto de paz perpetua del abad de Saint-Pierre, todas ideas de la razón cuyo biotopo no es “el tener” sino “el ser” –más exactamente “el ser juntos” sin perspectiva de intercambios que no sean bienes inmateriales.

El esperanto propone habitar una lengua universal, cosmopolita, global que se construye sobre la apertura, la recepción, la ampliación; quiere el fin de la maldición de la confusión de las lenguas y el advenimiento de un idioma susceptible de cerrar la brecha de la incompreensión entre los pueblos; propone una geografía concreta como antítesis a la religión del territorio; apuesta al ser como genealogía de su ontología y no al tener; es el deseo de una nueva Grecia de Pericles para toda la humanidad –puesto que era griego quienquiera que hablara griego: se habitaba más la lengua que un territorio–; es la voluntad prometeica atea no de igualar a los dioses, sino de prescindir de ellos, probando que los hombres hacen la historia –y no a la inversa.

© Le Monde y Clarin, 2010. Traducción de Cristina Sardoy.



[Ediciones anteriores](#) | [Edición impresa](#) | [Rss](#)

Copyright 1996-2010 Clarín.com - All rights reserved - Directora Ernestina Herrera de Noble | [Normas de confidencialidad y privacidad](#)

[Diario Clarín](#) | [Diario Olé](#) | [Diario La Razón](#) | [Biblioteca Digital](#) | [Publicidad](#) | [Grupo Clarín](#)